

dando él personalmente la batalla; un pueblo lleno de júbilo le manifestaba en explosiones de entusiasmo su gratitud; la conciencia elevada de representar una idea de inmensa importancia histórica, cuyo triunfo era seguro; todo llenaba su pecho de júbilo sin que lo turbaran sombras ominosas. Por supuesto que era preciso prepararse á cierta duración de la guerra, y en este concepto tanto Napoleón como Víctor Manuel en sus proclamas anunciando la victoria alcanzada manifestaron, además de su satisfacción, la convicción de que podían sobrevenir todavía luchas muy pesadas, y ambos soberanos excitaron á los lombardos á empuñar las armas. Napoleón les dijo en su proclama: «Organizaos militarmente, apresuraos á seguir la bandera del rey que os señala el camino del honor; animados del sagrado fuego del amor patrio, sed hoy por hoy solo soldados y mañana sereis ciudadanos libres de un gran país.» En otro pasaje de la misma proclama aseguró Napoleón que había ido á Italia, no con el plan preconcebido de destronar á los soberanos, sino con dos misiones: la de vencer al enemigo y la de mantener el orden, pero que no opondría obstáculo ninguno á la libre manifestación de deseos justos. Estas palabras, aunque dirigidas á los lombardos, fueron también comprendidas por los habitantes de la Italia central, pues desde luego comprendieron que una de las consecuencias de la batalla de Magenta era la desaparición de las guarniciones austríacas de Pavía, Piacenza, Ancona, Bolonia, Ferrara, y en fin, el término de la presión ejercida por la presencia ó proximidad del enemigo en los ducados y en las Legaciones. En Massa y Carrara, como también en Parma, habían ocurrido sublevaciones al estallar la guerra; pero la duquesa de Parma, que había huido, había regresado á los cuatro días, el 5 de mayo, y las poblaciones de Módena y de la Romagna no se habían atrevido todavía á moverse; solo en Toscana se había establecido el 28 de abril un gobierno provisional, que había suplicado á Víctor Manuel que se encargase de la dictadura; pero éste se contentó por consejo de Napoleón con encargarse del mando de la fuerza armada y nombrar á su embajador hasta entonces en Florencia, comisario extraordinario durante la guerra de la independencia. Los habitantes de Toscana hubieran deseado que Víctor Manuel enviara algunos regimientos piemonteses á su país para protegerlo contra un ataque eventual de los austríacos; pero en su lugar envió Napoleón allí á su primo con el quinto cuerpo de ejército, lo que hizo nacer la sospecha de que deseaba formar para él un reino en el centro de Italia, según Salvagnoli le había aconsejado en el otoño anterior. También participó Cavour de esta sospecha, si bien Napoleón negó que tuviera intención semejante, y quizás con razón, si era verdad que el príncipe Napoleón había rechazado poco antes la corona de Hungría, que Kossuth le había ofrecido (1). Entonces Napoleón III había dicho que los Bonapartes se valían de la enseñanza de la historia para no cometer la falta de Napoleón I admitiendo coronas extranjeras. La razón que tuvo Napoleón III para enviar una división francesa á Toscana debió de ser simplemente evitar que una guarnición piemontesa pudiera proteger desde Toscana una sublevación en los Estados de la Iglesia, cuando el emperador se esforzaba en evitar toda complicación con el Papa. Consintió que su primo fuese puesto bajo las órdenes del rey Víctor Manuel, pero aun después de la batalla de Magenta se negó á aprobar un arreglo definitivo del gran ducado de Toscana que le propuso Cavour, y sin rechazarlo en absoluto dijo que era inconveniente tratar de él durante la guerra.

La retirada de los austríacos de los ducados y de la Ro-

(1) Kossuth, tomo I, págs. 242 y 272.

magna dió lugar á la proclamación en estos países de la dictadura de Víctor Manuel, y no teniendo ya objeto la continuación del quinto cuerpo francés en Toscana, recibió el príncipe Napoleón el orden de reunirse al ejército principal, que el emperador se propuso reforzar hasta donde fuera posible. Al mismo tiempo prohibió á Víctor Manuel aceptar la dictadura en las provincias sublevadas del Papa, pero permitió que enviara á la Romagna en calidad de comisario á Máximo de Azeglio para mantener allí el orden y la tranquilidad mientras organizaba en aquel país las fuerzas militares. Permitted que las fuerzas voluntarias avanzaran hasta el desfiladero de Cattolica, no lejos de San Marino, y que defendieran esta posición si fuesen atacadas por las tropas pontificias, pero les prohibió que atacaran ellas. Con esto quedaron abandonadas y sacrificadas las sublevaciones que habían ocurrido ya en las Marcas y en la Umbría, no obstante la indignación que causaron en toda Europa las ferocidades que cometieron los suizos papales cuando en 20 de junio se apoderaron otra vez de Perugia.

Esperábase todavía y se tenía por inmediata en la Lombardia otra batalla decisiva. Después de la derrota de Magenta se habían retirado los austríacos al otro lado del Adda, y solo uno de sus generales, Benedek, había combatido desde la derrota, resistiendo en 8 de junio á un ataque del primer cuerpo francés (Baraguay) cerca de Melegnano. Los austríacos, sin que á ello les obligaran los movimientos de los aliados, evacuaron las líneas apoyadas en ríos hasta el otro lado del Mincio, donde al parecer estaban dispuestos á aceptar una nueva batalla. Este había sido en efecto el consejo del viejo Hess, nombrado recientemente jefe del estado mayor. Pero desde el 18 de junio se había encargado del mando del ejército el emperador Francisco José, al cual recomendó el general Ramming que librara la batalla al Oeste del Mincio entre este río y el Chiese. Estas opiniones encontradas dieron lugar á que se ocupara la posición al otro lado del Chiese, á que se volviera á abandonar, y á que el 23 de junio volviera á hacer el ejército austríaco un movimiento de avance en dirección del Mincio, ignorando que entretanto los aliados habían pasado este río.

El ejército austríaco recibió entonces bastantes refuerzos, uniéndosele el cuerpo 11, que con el 3.º, 9.º y 2.º formaron un ejército, el primero, cuyo mando se había entregado al general Wimpffen, mientras los cuerpos 1.º, 5.º, 7.º y 8.º constituyeron el segundo ejército á las órdenes del general Schlick. Entre el lago Garda y el Po había 220,000 hombres, de los cuales podían tomar parte en la próxima batalla mas de 160,000, mientras el ejército de los aliados tenía de 10 á 20,000 hombres menos. El campo de batalla estaba atravesado por una gran carretera que conducía en dirección Sudeste desde Montechiaro á orillas del Chiese á Goito á orillas del Mincio. A la izquierda de esta carretera el terreno estaba cubierto de colinas, cuyas pendientes tocaban en dirección Nordeste desde el lago Garda á la carretera cerca de Castiglione. Después, retrocediendo en dirección Este-Sudeste, pasaba por Solferino, San Casiano y desde allí por Cavriana se dirigía á Volta y al Mincio. Solferino, y en especial una torre vieja cerca de esta aldea, constituía el punto dominante de esta posición. Al Nor-nordeste de este punto, en el territorio montuoso, está Pozzolengo, y al Sudoeste, al otro lado de la gran carretera, están Medole y Castel-Goffredo, donde se hallaba el ala izquierda austríaca, siendo Solferino el centro y hallándose el ala derecha cerca de Pozzolengo. Según el plan de batalla de los austríacos, su segundo ejército debía atacar de frente al enemigo, á quien suponían al Norte de Castiglione, y detenerlo para que el primer ejército, que formaba el ala izquierda, pudiese embestirlo por el flanco. Esperaban la

batalla al día siguiente, creyendo poder avanzar el 24 todavía sin impedimento; pero los aliados se pusieron aquel día en movimiento á las dos de la madrugada. Los piemonteses, formando el ala izquierda, avanzaron sobre Pozzolengo y sobre San Martino al Noroeste de este último pueblo, donde mandaba Benedek á los austríacos. A los piemonteses se unió el primer cuerpo francés (Baraguay) y á éste el segundo cuerpo (Mac-Mahon), que con la guardia por vía de reserva se dirigieron contra Schlick, que tenía su ejército cerca de Solferino y Cavriana. Al mismo tiempo, el cuarto cuerpo francés (Niel) avanzó contra Medole, y el tercer cuerpo (Canrobert) que formaba la extrema derecha, se dirigió contra Castel-Goffredo, es decir, contra Wimpffen. La batalla general se dividió, pues, en tres batallas parciales simultáneas apenas unidas entre sí. En el campo de batalla del Norte nada consiguieron los piemonteses, á pesar de sus muchos esfuerzos, al avanzar desde Lonato contra Madonna-della-Scoperta, al Oeste de Pozzolengo, pasando por el terreno montuoso, y desde el lago de Garda contra San Martino. En ninguno de estos dos puntos consiguieron tomar las fuertes posiciones del enemigo durante toda la mañana, hasta que después de las dos los austríacos tuvieron que abandonar á Madonna-della-Scoperta á consecuencia de la pérdida de Solferino. Solo cuando en el centro hubieron perdido la última esperanza de sostenerse, y cuando Benedek, «vertiendo lágrimas de ira,» recibió la orden de retirarse, pudieron los piemonteses hacia las siete de la tarde ocupar las posiciones enemigas cerca de San Martino. Atestigua su valor la pérdida que tuvieron en esta jornada, que consistió en 700 muertos, 3,600 heridos y 1,200 extraviados.

En el ala derecha cerca de Medole sufrió mucho Niel con sus fuerzas al avanzar por la carretera principal, después de haber tomado á Medole, contra Guidizzolo. Según dijo en su parte, Canrobert no había creído prudente auxiliarle, porque avanzando detrás de él á Medole, se creyó amenazado á su derecha y solo pudo apoyar á Niel hacia el fin de la batalla. Canrobert rechazó después esta excusa como una acusación odiosa, diciendo que desde las nueve de la mañana había enviado á Niel algunos batallones y sucesivamente hasta la mitad de su cuerpo de ejército á pesar de verse amenazado de la parte de Mantua. Esto estuvo á pique de producir desafío entre los dos jefes; pero el emperador intervino personalmente y consiguió que Canrobert publicara como satisfacción una rectificación en el *Monitor*, después que este periódico hubo reproducido la acusación de Niel. La batalla no se decidió tampoco en esta ala, sino solo en el centro cerca de Solferino, donde los dos emperadores estuvieron presentes personalmente. Allí Baraguay había hecho avanzar á la madrugada hacia Solferino por el territorio montuoso á lo largo de la vertiente, la división Ladmirault y la división Forey, aquella al través de la parte montuosa y ésta á lo largo de la vertiente, siguiendo la división Bazaine á la de Forey. Baraguay ocupó el importante punto de Montefenile al Oeste de la aldea. Mac-Mahon avanzó siguiendo la gran carretera hasta la alquería de Ca-Marino, que tomó por asalto, dejando para mas adelante el ataque á San Casiano, porque Niel no era todavía dueño en su ala derecha de Guidizzolo, y de haber Canrobert atacado á San Casiano habría dejado comprometida el ala derecha y la espalda de Niel. Después de las nueve llegó el emperador á Ca-Marino y dispuso que se llamara la caballería de la guardia para unir el ala derecha de Mac-Mahon con el cuerpo de Niel. Mientras éste se acercaba, se volvió el emperador á toda prisa al lado de Baraguay, que después de las diez había dado principio al ataque de Solferino. Allí se entabló una lucha formidable; durante muchas horas fracasaron los esfuerzos de los

franceses para tomar los tres puntos mas principales: el cementerio, el Castillo-Viejo y la Spia-d'Italia. Solo hacia las dos y media consiguieron apoderarse de estos puntos, lo que obligó á Stadion á retirarse en la dirección de Pozzolengo. Por aquel mismo tiempo Mac-Mahon se apoderó también de San Casiano, defendido por Clam, y entonces los dos cuerpos vencedores apoyados por la guardia pudieron avanzar contra Cavriana, adonde se había retirado Clam. El emperador Francisco José, con el fin de sostener su centro, fuertemente conmovido, ordenó á Wimpffen, que conservaba todavía sus posiciones entre Guidizzolo y Medole, que diera una enérgica



El general Canrobert (según fotografía)

embestida contra Niel; pero Niel acababa de recibir entonces mucha parte del cuerpo de Canrobert, con cuyo auxilio volvió á embestir á los austríacos; y atacando éstos á su vez al mismo tiempo, resultó una lucha violentísima. Hacia las cuatro y media estalló una tempestad formidable que obligó en todo el campo de batalla á cesar la lucha, la cual después de haberse calmado la tempestad solo continuó seriamente en el ala izquierda, donde Benedek hizo todavía resistencia. Poco antes de estallar la tempestad habían tomado los franceses á Cavriana. Los austríacos para cubrir su retirada conservaron algunos puntos importantes hasta las diez de la noche, como Pozzolengo, Corte (al Este de Cavriana) y Guidizzolo. Los franceses extenuados renunciaron á perseguirlos ni tampoco les dificultaron seriamente, al día siguiente, el paso del Mincio. Los austríacos perdieron entre muertos y heridos 13,000 hombres, y mas de 9,000 entre prisioneros y extraviados. Los piemonteses calcularon su pérdida total, como ya hemos dicho, en 5,500 hombres, y los franceses confesaron haber perdido de 12 á 13,000; de suerte que en muertos y heridos los aliados perdieron mas que los austríacos. El mérito del feliz éxito de la batalla correspondió acaso

principalmente á Niel, sin cuya resistencia tenaz no se hubiera podido dar el golpe en el centro. Napoleón le nombró, pues, mariscal en el mismo campo de batalla.

No tomaron parte en la batalla ni el cuerpo del príncipe Napoleón ni los voluntarios de Garibaldi, hallándose ambos con sus tropas un poco atrás del ejército principal, en las alas extremas, cuya posición conservaron también durante las operaciones siguientes. Mientras el ejército principal aliado efectuaba en 18 de junio el paso del Mincio, el emperador francés trasladó su cuartel imperial á Valeggio y dispuso que su primo cercara con su cuerpo la plaza de Mántua; que Garibaldi con una división piemontesa guardara los caminos que conducen del Tirol á Italia al Norte del lago de Garda,



El general Niel (según fotografía)

y que los demás piemonteses fuesen empleados en el sitio de Peschiera.

Después de la batalla de Solferino, y quizás ya antes, se preguntó Napoleón seriamente si le convenía continuar la guerra hasta conseguir el objeto propuesto. El 30 de junio escribió Merimee, quizás por noticias recibidas de parte de la emperatriz, á su amigo Panizzi (1): «Los necios, que á veces tienen muy buenas ocurrencias, dicen que los dos emperadores se entenderán personalmente, y que el de Austria buscará el medio de reñir con la Prusia para desahogar su mal humor é indemnizarse á costa de los pequeños soberanos alemanes. Sería esto cosa graciosa.» Se dice que la vista de los campos de batalla hizo profundísima impresión en Napoleón, que además estaba muy disgustado de las disputas entre sus generales, al paso que no podía ocultarse que las dos victorias que había alcanzado habían costado muy caras sin ser decisivas. Por otra parte, se iba haciendo mas serio el peligro de enredar á la Alemania en la guerra, ya que ésta se acercaba á las provincias austríacas que formaban parte de la confederación alemana, y de continuar la lucha, se vería precisado á apelar á la revolución. Pero la revolución le causaba mucho miedo, á pesar de haberla preparado él mismo

(1) Merimee, tomo I, pág. 40, y datos análogos debidos al príncipe de Chimay se encuentran en las *Memorias del duque de Coburgo*, con fecha 14 de junio, tomo II, pág. 501.

desde meses antes contra el Austria; pues ya en el mes de diciembre de 1858 había hecho excitar á Kossuth (2), por terceras personas, á que organizara un levantamiento de Hungría. Kossuth, en efecto, poco antes de la partida de Napoleón de París había sido invitado á acudir desde Londres á una entrevista, que tuvo con el emperador en la noche del 6 de mayo. En esta entrevista, que fué muy larga, expresó Napoleón el temor de que al saber la sublevación de Hungría el gobierno inglés tomara parte en favor del Austria, á lo cual contestó Kossuth que él sublevaría á sus compatriotas solo en el caso de que se presentaran tropas francesas en Hungría; que no le sería difícil derribar al ministerio tory, porque podía contar con la cooperación de sus amigos del partido de Manchester, que era dueño de la situación, y que el partido whig subiría al poder dentro de pocas semanas siempre que Napoleón prometiera apoyar entonces la causa de Hungría. El emperador se mostró muy contento, y después de continuar las negociaciones con el príncipe Napoleón y con Pietri, formó Kossuth en París un comité húngaro de insurrección y regresó á Londres para poner los medios de hacer caer el ministerio tory. A mediados de junio pasó Kossuth á Italia, donde Klapka había principiado á formar bajo la autoridad del gobierno piemontés una legión húngara, compuesta de refugiados políticos, desertores y prisioneros de guerra. Cavour y el príncipe Napoleón apoyaron su empresa con mucho celo, tanto que el número de legionarios llegó hasta 4,000. El 3 de julio concedió Napoleón á Kossuth otra audiencia en Valeggio (3), en la cual se mostró muy favorable al proyecto de un desembarco en Hungría, por supuesto en el caso de no impedirlo sucesos imprevistos. Estos sucesos imprevistos se referían probablemente á la actitud de las grandes potencias. La de Inglaterra no podía asustarle, porque allí la opinión pública simpatizaba con Hungría é Italia; pero respecto de Rusia ya era otra cosa, porque poco después de la batalla de Solferino se había presentado en el campamento francés el conde de Schuwaloff, edecán del czar y portador de una carta cuyo contenido fué probablemente causa de que Napoleón dijera á Kossuth que el czar aceptaría el hecho de la revolución de Hungría, pero que no le gustaba la palabra. Según otros, el emperador Alejandro II declaraba en términos precisos que no podía seguir á la Francia en una guerra que se hiciera á la vez europea y revolucionaria. Probablemente no estuvieron de acuerdo respecto de la cuestión oriental los dos emperadores (4).

Napoleón quería guardar consideración á Inglaterra en la cuestión de Oriente para impedir que se uniera con el Austria. Con este objeto se había negado á fines de mayo á una entrevista con el príncipe Miguel Obrenowitz y á aprobar el levantamiento de la Servia contra la Turquía, y se había limitado á aconsejar al príncipe servio que se contentara con el auxilio de Kossuth. Este consejo dió lugar á negociaciones entre Kossuth y el príncipe servio, mientras Klapka hizo un convenio formal con el príncipe Cusa por el cual el húngaro prometió á los rumanos, en cambio de su auxilio, el de la Hungría para la conquista de la Bukowina. No estaba en el interés de Rusia esta manera de adelantar la independencia de los países balcánicos, y muy al contrario, tenía mas interés en la insurrección de estos países, aunque fuese á costa de una triple alianza entre la Turquía, el Austria é Inglaterra; el czar no podía menos de quedar disgustado si Napoleón tenía mas consideración á Inglaterra que á la

(2) Kossuth, tomo I, págs. 95 y 238 y siguientes.

(3) Kossuth, tomo I, págs. 414, 416 y 498.

(4) H. Martin, tomo VI, pág. 232; Kossuth, tomo I, pág. 500, y para lo siguiente véase el mismo autor, págs. 417 y 440, y en otros pasajes.

conveniencia de la política rusa. Lo que daba mas que pensar á Napoleón era sin embargo la actitud de la Prusia. Verdad es que la excitación extraordinaria de la opinión pública no había hecho gran impresión en el gabinete de Berlín; y si bien esta opinión se manifestaba en el Norte de Alemania de una manera mucho mas débil, y sobre todo en Prusia, donde se juzgaba necesario que antes de auxiliar al Austria se esperase á que fuese humillada, siempre la idea de auxiliar al imperio austriaco había tenido defensores influyentes (1). La conducta del Austria parecía dar razón á estos políticos; porque cuando el gobierno austriaco, inmediatamente antes de estallar la guerra, envió al archiduque Alberto á Berlín para conseguir un acuerdo, fué con la idea fundamental de que no necesitaba mediadores sino aliados, y el gobierno austriaco con increíble ligereza prometió enviar al Rhin un ejército de 250,000 hombres, cosa enteramente imposible, conforme demostraron los sucesos. La única concesión que quería hacer el Austria á la Prusia era la del mando supremo del ejército federal al príncipe regente. Este consideró la participación de la Prusia en la guerra como cosa inevitable y como cuestión de tiempo puramente, por cuya razón no quería dejar á la dieta la decisión de la participación de Alemania en la guerra ni admitir de manos de la asamblea de Francfort el mando de su propio contingente federal conforme al reglamento militar de la confederación (2). Después escribió el príncipe que si hubiera sido por él, habría puesto en pié de paz al ejército prusiano y habría dejado que los alemanes hicieran la guerra que tanto deseaban.

Los Estados de segundo orden de Alemania fueron gradualmente mirando la situación con mas calma, y hasta el gobierno austriaco se había ido inclinando á la opinión de la Prusia en esta cuestión, desde que el conde de Rechberg había ocupado en el ministerio de Negocios extranjeros el puesto de Buol. Esto se vió cuando á mediados del mes envió la Prusia á Viena al general Willisien en misión especial; porque aunque no estaba autorizado para hacer un convenio formal, concertó con el ministro austriaco que si la Prusia garantizase al Austria la posesión de la Lombardía, el Austria en cambio daría á la Prusia, con el mando supremo del ejército federal, la elección del tiempo y del modo que juzgase á propósito para tomar parte en la guerra. Aunque este acuerdo no obligaba á nada al gobierno prusiano, era natural que el príncipe regente, inmediatamente después de la batalla de Magenta, el 6 de junio, dispusiera la movilización de tres cuerpos de ejército prusianos y propusiera el 25 de junio, en Francfort, la concentración de un cuerpo de observación en el alto Rhin á las órdenes de un general bávaro. Por otra parte, el ministro de Negocios extranjeros de Prusia se esforzó en concertar una inteligencia con Rusia é Inglaterra para una mediación común, lo cual disgustó mucho al Austria, que por lo mismo procuró apresurar la decisión militar proponiendo al consejo federal dar el mando del ejército federal al príncipe regente. Para obtener una resolución rápida envió á Berlín el 4 de julio al príncipe de Windischgratz. Las reflexiones de este enviado hicieron profunda impresión en el príncipe regente, que estuvo á punto de tomar medidas decisivas y designó en 11 de julio al general Wrangel para el mando en jefe de los cinco cuerpos que se estaban reuniendo junto al Rhin, creyendo que dentro cinco ó seis semanas la Alemania entraría en campaña (3). Fuera de estas manifestaciones oficiales, no merece fe ninguna la relación de un diplomático italiano anónimo que dice que

(1) *Memorias del duque de Coburgo*, tomo II, pág. 452

(2) Id., tomo II, pág. 525.

(3) Id., tomo II, pág. 504.

el príncipe de Hohenzollern había anunciado á su primo Pópoli un cambio en la política prusiana, pero que había llamado á su mensajero telegráficamente al saber que los dos emperadores se habían entendido (4).

De esto resulta que Napoleón, en la seguridad de ver tomar parte en la guerra á la Prusia y á la confederación alemana, tenía que dirigirse á toda prisa á Francia para trasladarse en caso necesario al Rhin, mientras una parte de sus tropas estaba detenida en Italia con operaciones de sitio. En este caso habría tenido que valerse necesariamente del auxilio de la revolución, siendo la primera consecuencia que en el Estado de la Iglesia y en los ducados se proclamara por soberano al rey del Piemonte. Si esto sucedía, no podía es-



Kossuth

perar de ninguna manera conservar en sus manos la dirección de los acontecimientos en caso de una guerra general europea de carácter revolucionario; y aun en el caso mas favorable, el de alcanzar grandes victorias en el país del Rhin, podía suceder que entretanto se efectuaran los sucesos en Italia y en la Turquía sin su voluntad y aun contra de su voluntad. Todo esto suponiendo que las armas francesas fueran vencedoras en Alemania; pero ¿quién garantizaba estas victorias y quién aseguraba á Napoleón contra el golpe de rechazo que debían ejercer en los partidos franceses el triunfo de las ideas revolucionarias y la expulsión del Papa?

Atendido todo esto, no disgustó á Napoleón la mediación proyectada por la Prusia; pero él hubiera querido influir en las proposiciones que se le tenían que hacer y por esto telegrafió á Persigny, su embajador en Londres, que indujera á Palmerston á proponer como bases de la mediación una confederación italiana presidida por el Papa, que fuese formada del Piemonte, aumentado con la Lombardía y Parma, de Toscana, Nápoles y de un nuevo Estado compuesto del Veneto y de Módena y gobernado por un archiduque austriaco, quedando las Legaciones bajo la soberanía del Papa, aunque gobernadas por un lugarteniente del rey del Piemonte. Sobre

(4) Así se decía en el periódico de Roma *La Minerva*, en su número del 9 de diciembre de 1880. También merece citarse la noticia de Rothan (en su obra *La politique française en 1866*, París, 1879, tomo I, pág. 22, nota) de que el informe de Bourrel, que después fué embajador en Constantinopla y que había recorrido la Alemania, influyó en la decisión de Napoleón, llamando tanto la atención en el gobierno de París, que fué enviado por tren especial en nueve horas á Marsella y desde allí también por vapor especial á Génova.